VI

Nada más digno de Dios que formar verdaderos participantes de sus dones, y verdaderos admiradores de su amor. Y este su designio, tan generoso como Él mismo, se cumple sobre nuestros altares del modo más amable y consolador. La Divina Eucaristía ha sido siempre la hoguera inextinguible de la caridad increada, de donde innumerables corazones han sacado esos grandes incendios de amor Divino, que, al inflamarlos, extinguieron en ellos las viles afecciones de lo terreno y transitorio, para elevarlos á la altura de los grandes goces del cielo. La Divina Eucaristía es con toda verdad la zarza misteriosa que en el monte Oreb ardía sin consumirse, el fuego descendido del cielo para derretir el hielo de los corazones.[1] Comprendamos, por fin, toda nuestra felicidad; y al recibir los magníficos dones de Jesucristo, y al admirar toda la magnitud de su amor, permaneciendo entre nosotros, aprendamos á corresponder los altos fines y los insignes testimonios de su bondad. ¡Que nuestro agradecimiento sea igual á los esfuerzos que hagamos por agradarle! ¡Que sea Él quien, viniendo á nuestras almas en los últimos momentos de nuestra vida, nos conduzca seguros á la mansión eterna de la paz![2]

1 S. Lucas, XII, 49.
2 Idem, I, 79.

REFLEXIÓN XVIII

MARÍA Y LA EUCARISTÍA.

De qua natus est Iesus.
De la que nació Jesús.
MATHAEI. I. 16.

I

VIDA, dulzura, esperanza! ¡Bellas denominaciones de la más tierna de las madres! ¿Qué corazón os ha escuchado sin latir de amor y regocijo?

La bondad infinita de Dios quiso dar al mundo un tesoro de consuelos en María....

¡María, hija inmaculada de Adán delincuente, Madre Virgen del Verbo Eterno de Dios, hecho hombre...!

¡Estrella apacible que brillas entre los resplandores de la aurora; escala misteriosa por donde suben, confiadamente, los pecadores al trono de la misericordia; Reina de la gracia y de las virtudes, de la paz y del amor...!

¿Quién, en medio del llanto, no te ha buscado?

II

María, la más hermosa de las criaturas, y la Eucaristía, el más amable de los Misterios, se ligan entre sí con vínculos tan dulces, tan íntimos, tan tiernos, que la gloria de la Madre de Dios recibe nuevo realce en la Eucaristía; y el amor que Jesucristo, verdadero alimento de las almas, nos manifiesta, lleva, irresistiblemente, nuestras miradas á María.

Pluma de oro y corazón de fuego convendría tener para indicar todo lo que son, para el género humano, María constituida Madre nuestra en los momentos últimos de la vida mortal de Jesucristo, y Jesucristo que nos da en la Eucaristía el mismo cuerpo y la misma sangre que recibió, por obra del Espíritu Santo, en el seno virginal de su Augusta Madre. Toda la poesía del amor y toda la inspiración del sentimiento en su más pura y encantadora belleza, nunca podrán hallar objetos más dignos: María que humilde se somete á los designios divinos para la reparación del mundo, y Jesucristo, cuya sangre vivificadora, desprendida del corazón de María en el misterio de la Encarnación, regó la Cruz en el Calvario, y corre desde el tabernáculo hasta nuestro corazón para nutrirlo y divinizarlo.

¡Ah! El ángel mensajero de las eternas misericordias saludó, llena de gracia, á María, diciendo:

"*El Señor es contigo.*"[1] "Sí, llena de gracia la que iba á ser habitación de la Divinidad; llena de gracia, de cuya plenitud reciben todos, de cuya abundancia el orbe todo ha de quedar lleno. Y verdaderamente llena de gracia María, en cuya alma ningún lugar se dejó al pecado, ninguna entrada se presentó á la iniquidad. ¡Oh María! El Señor está contigo. ¿Y cómo? No ciertamente como está conmigo, sino como en tí solamente: contigo en el cuerpo, contigo en el alma, contigo en la voluntad, contigo en la resolución, contigo en el auxilio, contigo en el principio, contigo en el término, contigo sin fin."[2]

Predestinada para el destino más sublime que puede concebirse en una criatura, María con esta palabra "*hágase en mí,*"[3] inició una obra más admirable y excelente, que la que se desenvolvió al "*hágase*" Divino, en la creación del cielo y de la tierra. En ese "*hágase*" de la Madre de Jesús está el verdadero principio de la historia de la Eucaristía, porque ese "*hágase*" se extiende desde Nazareth hasta el último dia de los tiempos. María, vástago sin mancha de una estirpe delincuente, fué la única digna de levantar la voz, en representación de todos, para responder á la generosidad del cielo, dando su consentimiento para que descendiese á la tierra y estableciese su residencia en ella, revestido de nuestra naturaleza, el Verbo Eterno de

1 San Lucas, I, 28.
2 Santo Tomás Obispo. Serm. II de Annunt.
3 San Lucas, I, 38.

Dios. ¡Ah! no puede ser más exacta esta grande verdad: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, en la Eucaristía, es el Hijo de Dios desde la eternidad, y es Hijo de María en el tiempo. Si, pues, por medio de María el Verbo Divino se hizo carne y habitó entre nosotros,[1] á María sin duda, de quien nació Jesús, somos en gran manera deudores de la Divina Eucaristía.

III

¿Qué bien no debemos á esta Virgen de bendición, cuando sabemos que con ella nos han venido todos?[2] Aquí se representa á nuestra memoria un episodio brillante, el primero de la enseñanza pública del Salvador, en que aparece la intervención providencial de María. Celebráronse unas nupcias en Caná de Galilea: los vínculos del parentesco llevaron allí á la Madre de Jesús, y Jesús estaba allí también con sus primeros discípulos. Durante el festín llegó á faltar el vino, y María, por un impulso natural de su bondad, y sin duda alguna por una advertencia divina, se volvió hacia Jesús y le dirigió estas palabras ó más bien esta súplica misteriosa: "No tienen vino." La respuesta, aun más misteriosa del Salvador, en que declara no haber llegado todavía su hora, no detiene la solicitud de María, ella se dirige á los criados, advirtiéndoles que hagan lo que Jesús les diga.

1 San Juan I, 14.
2 Sabiduría VII, 11.

Había allí seis ánforas ó urnas de piedra que servían para las purificaciones, y Jesús ordenó á los criados que las llenaran de agua, y que, cuando estuviesen completamente llenas, sacaran el contenido; hiciéronlo así, encontrándose con que las seis ánforas, que eran bastante capaces, se hallaban llenas de un vino cuyo sabor excelente sorprendió á todos los convidados. El Evangelista San Juan, testigo ocular de este suceso, añade: "Así fué como Jesús hizo en Caná de Galilea el primero de sus milagros, y sus discípulos creyeron en Él."[1]

"Pero aun debe verse allí una maravilla más grande: el vino de Caná no es sino la figura de la gran trasformación, en que, separando todo velo, se ve ya aparecer el Misterio de los Misterios: la Eucaristía. El primer acto de la vida pública de Jesús es, pues, la profecía de lo que constituye el objeto mismo de su misión, y Él prepara la fe en el Sacramento que debe coronar esa misión con el más incomprensible é inmortal de los milagros. Ha querido de ese modo darnos una prueba anticipada del poder por el cual debía, más tarde, en la institución de la Eucaristía, cambiar el vino en su sangre, puesto que, en efecto, el vino que está consagrado es una verdadera sangre, como el agua cambiada en Caná fué en el instante un verdadero vino."[2]

María hizo que Jesús diese á los convidados de

1 II, 11.
2 Veuillot. Vida de Jesucristo, lib. II, cap. 4º

Caná, en el festín nupcial, en medio de los resplandores del milagro, el más delicioso vino; y María, con su mediación continua, en el seno de la Santa Iglesia, que fué asimilada por el mismo Jesucristo al rey que preparó el festín nupcial para su hijo, [1] hace que los hijos de la gracia, convidados á gustar de las riquezas Divinas, reciban en la Eucaristía el vino dulcísimo de la inmortalidad. María pidió á Jesús el milagro que hizo creer en la Divinidad del Salvador á sus primeros discípulos, y María también, con su constante ruego, alcanza del trono de Dios el precioso don de la fe para los verdaderos adoradores de Jesucristo en la Eucaristía.

IV

El corazón que ama á María, no puede dejar de amar á Jesús. Y ese amor á María, siempre lleno de dulce esperanza y de indecible consuelo; ese amor que nace en los primeros dias de la vida, embalsamado con la fragancia de la inocencia, que crece en la juventud, regado con las lágrimas de las ilusiones desvanecidas, que se fortifica en la mayor edad, rodeado de los testimonios de la experiencia; ese amor á María, siempre encantador y expresivo, siempre tierno y vehemente, que, después de adquirido, suele quedar á veces como la única señal de vida, como la última respiración del

1 San Mateo, XXII, 2.

alma sumergida en la iniquidad; ese amor es la expresión filial de todos los que, volviéndose á María, reciben de ella la mirada cariñosa de Madre.

¡Ay! La fuerza instintiva del amor hace que nuestro corazón se detenga aquí enternecido. "La palabra *madre* va acompañada siempre de un perfume que llena de encanto nuestro corazón. El hombre puede hacerse sordo é insensible á todo; pero se conmoverá siempre al pronunciar estas dulces palabras *¡madre mia!* De todo se olvidará el hombre, hasta del mismo Dios, pero jamás olvidará á la madre que de la naturaleza recibió, cuya bella imagen estará siempre grabada en el fondo de su corazón, aun en medio de sus mayores extravíos. Cuando hace ya algunos años que la hemos perdido, y nuestra vida camina hacia el ocaso, sucede á menudo que, al meditar en nuestros pasados dias, vemos como una vaga sombra elevarse á nuestros ojos, entre la cual aparece su dulce imagen, como embellecida por la distancia que la ha separado de nosotros; y bajo el encanto de un recuerdo siempre nuevo, exclamamos conmovidos: "¡Oh madre mia! ¡Sí, tú eres mi madre!" Porque el corazón humano, al envejecer, encuentra nueva vida; y nuestros recuerdos, ocultos en el fondo del alma, conservan un goce que se prolonga y se multiplica todos los dias."

"¿De dónde nace ese encanto misterioso que va unido á este nombre? ¡Encanto indecible que sobrevive á cuanto muere en el mundo, y será eterno entre los hombres! Nace de que esta palabra